

# **La corriente**

**DAVID BARREIRO**

*Y así vamos adelante, botes contra la corriente,  
incesantemente arrastrados hacia el pasado.*

***El gran Gatsby***

**Francis Scott Fitzgerald**

## **DRAMATIS PERSONAE**

PALMIRA

ÓSCAR

GERMÁN

*Los tres rondan los sesenta años.*

*Sala de estar de una casa de clase media alta.*

*Otoño.*

*Nuestros días.*

*Amplia sala de estar en un barrio con pedigrí en una ciudad de medio o gran tamaño.*

*Es un lugar agradable, decorado con gusto y estilo, con muebles que demuestran solidez y desahogo económico, también asentamiento. No es mobiliario de paso, porque tampoco sus habitantes lo son: llevan más de treinta años allí, en esa casa, en esa vida.*

*A la izquierda la puerta de entrada, firme y gruesa, de madera oscura. A la derecha, una más fina, el tránsito hacia el resto de dependencias de la casa: los lugares no compartidos.*

*En primer término un sofá en ele con una mesa baja de madera, no hay cristal porque no hay transparencia, es un mundo opaco en el que se nos muestra. En la parte de atrás una mesa de comedor rectangular, para seis u ocho comensales si se abriera, algo que no se hace más que de cuando en vez o, para ser precisos, y justos, de Navidad en Navidad, cuando se acoge a la familia.*

*Sobre la mesa un centro de flores secas.*

*Al fondo un aparador y sobre él las fotografías familiares: la boda, las comuniones. Imágenes que en modo alguno representan a quienes en ellas figuran, sino los días de excepción, cuando más alejados han estado de sus vidas.*

*Una librería pulcra, ordenada y poco renovada en los últimos tiempos. Con la edad, llegan las relecturas.*

*Que es otra forma de decir: la ausencia de lectura.*

*Luz cálida, indirecta, lámparas que ambientan más que iluminan.*

*Por la puerta de la derecha entra Palmira. Pelo corto, entrecano, garçon lo llaman. Delgada, con clase y calma. Vestido negro, el luto previo quizás, elegante, discreta, tranquila. Lleva en la mano dos velas bajas apagadas. Las posa sobre la mesa.*

*Se acerca a un pequeño aparato musical. Lo enciende, suena música de jazz. A love supreme, de John Coltrane.*

*Lo obvio nunca ha de imponerse al talento.*

*Gong inicial.*

*Sube el volumen. Demasiado. Lo baja un poco. Así está bien.*

*De fondo.*

*De vuelta, se lleva la mano al lóbulo de la oreja y se percata de que ha perdido un pendiente. En su mirada busca ese momento, pero no lo encuentra en el desordenado desván de la memoria.*

*Mira el reloj. Observa la mesa. Sale, de nuevo, por la derecha.*

*La música empapa la estancia.*

*Es su sino.*

*La llave de la puerta de la izquierda juega en la cerradura. La puerta se abre y entra Óscar. Lleva gabardina y lluvia en lo hombros. Quizás un sombrero. No si el resultado lo acerca con peligro a un detective de novela.*

*Solo es un agente de seguros.*

*Que no es poco. Claro.*

*Habla por teléfono.*

*Al entrar mira a su alrededor, pero no ve nada. Está centrado en la conversación. Da la espalda a la estancia.*

ÓSCAR.- No es posible, doña Carmen. Sabe que si lo fuera, que si estuviera en mis manos, si yo tuviera la más mínima posibilidad, lo arreglaría. Pero hasta ahí no puedo llegar, sería renunciar no solo a dinero, sino a algo mucho más importante: principios. A la justicia y la equidad que he de tener con mis clientes. Y usted me conoce desde hace cuánto, ¿diez? ¿quince años? Sabe que lo que siempre me han movido son los principios. Así que le agradezco la llamada, pero... Sí, es cierto, la he llamado yo, pues le agradezco su atención y, ¿sabe qué? incluso le agradezco sus reticencias. Sí, sí, sí. Diría más: le agradezco su rechazo. No, doña Carmen, no se sorprenda. (*Óscar cuenta con los dedos de la mano, gesticula y bracea constantemente durante la conversación*) Sinceridad, honestidad, confianza. Son mis valores, siempre lo han sido y siempre lo serán. Ver que también lo son para usted, es importante para mí. Me da calma. Y tranquilidad. Al fin y al cabo, es lo único que necesito a estas alturas de mi vida.

*Por la derecha entra de nuevo Palmira. Mira el reloj, coge un encendedor y prende las velas. Sale por la derecha. De espaldas a ella, Óscar no la ve. Ella no lo mira.*

Lo sé, por supuesto que lo sé, y comprendo las dudas que surgen con la edad, los miedos que nos invaden con el devenir de los años. Yo mismo tengo esos miedos: la soledad, la ruina, la muerte. Sí, la muerte, yo no la evito, yo no temo su mención como les ocurre a otros. Son tantos miedos, doña Carmen. Y tan presentes. Así que no se preocupe, de verdad, su

decisión le pertenece solo a usted, tiene todo el derecho del mundo a tomarla. No seré yo quien le niegue ese derecho, se lo aseguro. Ahora, si me disculpa, he de colgar. Mi secretaria le enviará el acuerdo de renovación del contrato básico, el estándar, el... normalito, hoy mismo y no vuelva a pensar en ello, si mañana o dentro de unos días se arrepiente de la decisión que acaba de tomar, hágame un favor: deseche ese pensamiento, arrincónelo, por favor, no vuelva atrás, no intente llamarme porque yo ya no podré ofrecerle lo que le acabo de ofrecer y, por encima de todo, no quiero que se sienta infeliz o a disgusto o que tenga que asumir un precio que le impida disfrutar de esos pequeños lujos que todos nos merecemos después de haber vivido y sufrido tanto. Porque sé todo lo que ha vivido usted. Y sufrido. Claro que lo sé, me lo ha contado muchas veces. Así que olvide lo que hemos hablado, por favor, olvide esta conversación. Adiós, adiós, doña Carmen. O, mejor dicho, hasta siempre.

*Óscar no hace ademán alguno, sin embargo, de colgar el teléfono. Permanece con él en la oreja y con la mirada fija. Espera. Pasa varios segundos así, en silencio.*

Sí, doña Carmen, sigo aquí. La escucho.

*Óscar sonríe, asiente con la cabeza.*



Ha tomado la decisión correcta, no se arrepentirá, se lo aseguro. Y, entre nosotros, no le comente a nadie las condiciones que le he ofrecido, me metería en un aprieto.

*Óscar hace un gesto como si gritara y aprieta el puño libre, quizás un bailecito, pero sin emitir sonido alguno.*

Se lo agradezco, ha sido un placer hablar con usted una vez más, doña Carmen. Dele un achuchón a Rufi de mi parte. Eso, Rusty, perdón, su Golden Retriever. Eso, Yorkshire Terrier quería decir. No se me dan bien las marcas de perros. Eso, razas. Adiós, doña Carmen, adiós. Adiós.

*Óscar cuelga el teléfono y comienza a reírse.*

Bien jugado, doña Carmen, bien jugado... para tener dos mil años, dentadura postiza y la cadera rota aún hay algo de raciocinio en esa vieja cabecita... lástima que..., en fin, yo haya jugado mejor.

*Óscar saca del bolsillo de la gabardina una ajada agenda y anota algo en ella, con la sonrisa de satisfacción aún en la boca. Termina y vuelve a guardarla en el bolsillo, en ese momento se da la vuelta y ve la mesa con las velas y, por primera vez, se percata de que Coltrane está en la estancia. Muestra cierta estupefacción unos segundos antes de reaccionar. Se mueve pensativo, mira hacia la puerta de la derecha intranquilo.*

*Palmira entra por la derecha. De nuevo mira el reloj.*

Me rindo. Me has pillado.

*Palmira retira una silla y se sienta, sin hacer caso alguno a Óscar, ni siquiera le mira.*

No sé a qué se debe... esto.

*Palmira continúa ignorándole.*

El aniversario no es, de eso estoy seguro. Fue hace exactamente... bueno, hace unos meses. Y el cumpleaños tampoco... ni el tuyo ni el mío. Y los santos no los celebramos. *(Le llega una idea)* ¿Ha pasado algo en el trabajo? ¿Te ha ascendido por fin ese cabrón?

*Palmira permanece sentada perdida en sus cavilaciones. Mirando a todas partes menos a Óscar.*

¿Es por lo de anoche? Sigues enfadada, ¿no?

*Palmira, a lo suyo.*

Ya te lo expliqué. Tenía ese cliente. En la sierra. No podía dejarlo escapar. Y no lo hice, claro. Le saqué hasta las tripas, je, je. En fin,

después... ya sabes cómo está el tráfico de entrada a esas horas. Lo siento mucho, de verdad. Sé que tenías muchas ganas de ir a ese concierto, pero a tu hermana también le ilusiona ir contigo a esas cosas, y así estáis juntas, que últimamente apenas os veis. Venga, dime, ¿a qué viene todo esto?

*Llaman al timbre.*

ÓSCAR.- ¿Esperamos a alguien?

*Palmira se levanta y acude al lado de la puerta, donde está el interfono. Lo coge, espera unos segundos, alguien habla al otro lado.*

PALMIRA.- Hola. Sube.

ÓSCAR.- ¿Quién es?

*Palmira no responde. Se acerca al aparador y recoloca algunos objetos. No porque estuvieran descolocados, sino para hacer tiempo en la espera.*

ÓSCAR.- Cuánto misterio. Mira, estoy empapado. Ahora vengo y me cuentas. O mejor dicho, me contáis. Ah, por cierto, acabo de enchufarle a una anciana de noventa y tres años el *Vitalis Premium*. Menuda pardilla. No sé cómo no se da cuenta de que tiene menor esperanza de vida que su perro. Supongo que es porque no estamos preparados para la muerte,

¿no? Ni siquiera cuando asoma la patita por la puerta. En fin, voy a quitarme esto y vuelvo. Y a lavarme las manos con agua caliente que se me han quedado congeladas con esta maldita lluvia.

*Óscar sale por la derecha y vuelve a entrar al instante con la gabardina en la mano. Algo aturullado.*

No me digas que vamos a ser abuelos. No me lo digas.

*Palmira sigue sin hacerle caso alguno.*

No, claro que no. No puede ser eso.

*Óscar vuelve a salir.*

*Llaman a la puerta, es un sonido diferente, un ding dong. Palmira abre.*

PALMIRA.- Pasa.

*Entra Germán. Es más bajo que Óscar, pero más corpulento, de más o menos la misma edad. El pelo, entrecano, ha comenzado a remitir hace tiempo. Viste, sin embargo, de un modo desenfadado, juvenil, quizás una chupa de cuero. Zapatillas. También una bolsa de cuero cruzada que en algún momento dejará sobre la silla. No se ha mojado. Se acerca a Palmira sonriendo.*

PALMIRA.- Creía que estaba lloviendo.

GERMÁN.- Lo está.

PALMIRA.- Pero no te has mojado.

GERMÁN.- Sé escabullirme.

PALMIRA.- Siempre ha sido tu especialidad.

GERMÁN.- *(sonríe)* Yo también me alegro de verte, Palmira.

PALMIRA.- ¿Has llegado bien?

GERMÁN.- Me he retrasado mucho.

PALMIRA.- *(mira el reloj)* Sólo diez minutos.

GERMÁN.- No. Más de treinta años.

*Sonríen.*

*Germán deja la bolsa cruzada sobre la silla. Se miran. Se dan un abrazo sentido. Entra Óscar desde la derecha remangándose la camisa.*

ÓSCAR.- *(para sí, sacudiendo las manos)* Falta la toalla de manos, voy a ponerlo todo perdido. *(Levanta la vista, se para en seco).* ¡Hombre! ¿Eres? *(moviéndose un lado para confirmarlo)* Sí, claro que eres... tú. Qué sorpresa. Cuánto tiempo. Disculpa que no te de la mano, las tengo mojadas.

*Germán y Palmira permanecen cogidos de los antebrazos. Mirándose.*

ÓSCAR.- No me comentaste que habíais quedado. Ni siquiera que os habíais visto.

PALMIRA.- He estado a punto de llamarte para decirte que no vinieras.

GERMÁN.- Pero no lo has hecho.

PALMIRA.- Confíe en que tú pensaras lo mismo y no aparecieras.

ÓSCAR.- Pues está claro que no ha sido así.

GERMÁN.- No me gusta evadir mi responsabilidad.

PALMIRA.- No me hagas reír.

GERMÁN.- No será fácil. Siempre se me dio bien.

ÓSCAR.- ¿Qué?

*Palmira niega con la cabeza.*

GERMÁN.- Menudas carcajadas nos echábamos. Eso no lo puedes negar...

ÓSCAR.- Veo que no has cambiado.

PALMIRA.- El mérito no era tuyo.

GERMÁN.- ¿Ah no? ¿Y de quién?

PALMIRA.- De la juventud. Cuando eres joven, la vida parece algo simpático.

GERMÁN.- ¿Y no lo es, acaso?

PALMIRA.- Ya sabes que no.

ÓSCAR.- Pues claro que no.

*Germán y Palmira hablan en todo momento entre ellos, sin hacer en ningún momento caso a Óscar, que habla desde la distancia ante los oídos sordos de los otros dos.*

PALMIRA.- Sigo sin estar segura de si hacemos bien...

ÓSCAR.- ¿Si hacéis bien qué?

GERMÁN.- Es tu idea, tu plan. No el mío.

ÓSCAR.- ¿Qué plan?

PALMIRA.- Sí, ya sé que a ti no te gusta hacer planes.

GERMÁN.- Nunca descansas, ¿no?

*Óscar se acerca.*

ÓSCAR.- ¡Ey, ey, ey! ¿Se puede saber de qué va todo esto?

PALMIRA.- *(A Germán, siempre)* Permíteme que me divierta un poco, no lo hago muy a menudo.

GERMÁN.- ¿Ah no?

PALMIRA.- En realidad, nunca.

ÓSCAR.- A ver, a ver. Que yo me entere. Primero: ¿qué estás haciendo tú aquí? *(a Germán)* y segundo: ¿por qué haces *(a Palmira)* como si yo no estuviera delante? Ya te he pedido perdón por lo de anoche. Me fue totalmente imposible estar en el concierto. ¿Qué querías? ¿Que perdiera el cliente? ¿Qué renunciara a la comisión? Además, te avisé con tiempo suficiente. Tampoco creo que sea para tanto ¿no?

*Palmira mueve la cabeza, apartando la mirada de Germán momentáneamente.*

PALMIRA.- ¿Has oído eso?

ÓSCAR.- ¿Qué?

GERMÁN.- El qué.

PALMIRA.- No sé, una especie de... susurro.

ÓSCAR.- Sinceramente, Palmira, no tiene ni puta gracia.

GERMÁN.- No he oído nada.

ÓSCAR.- ¡Tú cállate!

PALMIRA.- Olvídalo, será el vecino del cuarto. Pone siempre la radio a todo trapo.

*Palmira desecha la idea con un gesto de la mano, como si apartara una mosca molesta o un pensamiento inoportuno. Óscar se queda esperando una respuesta que no llega, negando con la cabeza mientras mira a su mujer.*

GERMÁN.- Te falta un... *(le señala la oreja sin el pendiente, Palmira se toca el lóbulo y mira alrededor).*

PALMIRA.- Sí, ya me he dado cuenta, no sé dónde se me habrá caído.

GERMÁN.- Ya aparecerá.

PALMIRA.- Da igual, solo es un pendiente.

ÓSCAR.- *(intenta relajarse)* Mira, no sé a qué has venido, pero deberías irte *(a Germán)*. Mi mujer y yo tenemos que hablar.

GERMÁN.- *(mira alrededor)* Es una casa muy acogedora. Se nota tu estilo. Tu buen gusto.

ÓSCAR.- No me hanches las pelotas.

PALMIRA.- ¿Una copa?



ÓSCAR.- Sí, por favor. Y hasta arriba.

GERMÁN.- No bebo alcohol desde que empezaron/

PALMIRA.- Es cierto. Me lo dijiste. Perdona... no/

ÓSCAR.- ¿Qué tienes que perdonarle?

GERMÁN.- No te preocupes. Yo tampoco acabo de acostumbrarme.

PALMIRA.- Tengo limonada en la cocina. *(sonríe)* Dame eso. Lo dejo en el dormitorio.

*Germán se quita la chupa de cuero y se la da a Palmira. Ella le sonríe y sale. Al pasar al lado de Óscar él le habla, bajando algo la voz.*

ÓSCAR.- Creo que ya ha sido suficiente numerito, ¿no te parece?

*Palmira se detiene, se da la vuelta.*

PALMIRA.- Ponte cómodo, Germán, por favor. Estás en tu casa.

ÓSCAR.- *(a Palmira)* ¿Ponte cómodo? ¿Me quieres explicar de una vez qué hace aquí? ¿A qué viene todo esto?

GERMÁN.- Gracias, Pal.

*Palmira pasa al lado de Óscar sin siquiera mirarlo. Óscar está furioso, también estupefacto.*

ÓSCAR.- ¿Pal? ¿Qué es eso de Pal? ¿Qué estás haciendo en mi casa? ¿Por qué apareces aquí... ahora? ¿A qué vienen esas... confianzas? ¿Y qué es eso de un plan? ¿De qué plan hablas?

*Germán le ignora.*

ÓSCAR.- ¡Contesta!

*Observa a Germán con los puños cerrados, golpea con uno el sillón de cuero. Se queja del daño del golpe. Germán, en el momento del golpe, mira hacia el techo un instante, al cabo mueve la cabeza al compás de la música.*

GERMÁN.- *(en voz más alta, para que pueda oírlo Palmira desde la otra estancia)*  
¿Miles David?

ÓSCAR.- John Coltrane. *A love supreme.*

*Palmira regresa con la limonada.*

PALMIRA.- ¿Qué decías?

GERMÁN.- La música, es Miles Davis ¿no?

ÓSCAR.- Que no, coño. Estás sordo, o qué.

PALMIRA.- John Coltrane. *A love supreme.*

ÓSCAR.- *(A Palmira).* Ya se lo he dicho.

GERMÁN.- Suena bien.

PALMIRA.- *(se ríe)*. Sí, es una forma de decirlo.

GERMÁN.- ¿No estás de acuerdo?

PALMIRA.- Claro que estoy de acuerdo, pero es como decir que la Capilla Sixtina está bien pintada o, no sé, que El Padrino... se deja ver.

ÓSCAR - *(se ríe)*. Eso ha estado bien.

GERMÁN.- Ya entiendo.

PALMIRA.- Simplemente, Germán, no hay nada que pueda sonar mejor. Y eso que nos falta lo esencial en el jazz.

GERMÁN.- Buena acústica.

PALMIRA.- No, el humo, el bourbon, la noche.

GERMÁN.- Como puedes comprobar, no soy un experto en jazz.

ÓSCAR.- No, perdona. Si confundes a Coltrane con Davis es que no tienes ni puta idea. Para ti un saxo es un monovolumen.

PALMIRA.- A mí tampoco me interesaba... de joven... como bien sabes... Aunque supongo que el jazz es algo que llega con el tiempo, como la melancolía, o las arrugas. Fue Óscar el que me ayudó a... entenderlo. Solía llevarme los jueves por la noche a los conciertos del Bloom.

ÓSCAR.- A ver, para que yo me entere: puedes hacer como si no existiera, pero sí puedes hablar de mí, ¿no? De nosotros. No es por nada, Palmira, me parece que estás teniendo una actitud profundamente infantil.

GERMÁN.- ¿El Bloom? No lo conozco.

ÓSCAR.- Tú qué vas a conocer.

PALMIRA.- Un garito del casco antiguo. Creo que lo abrieron poco después de que tú... Pero no duró mucho, hubo una inspección de sanidad y al parecer no cumplía ni un solo artículo de la nueva ley. Bueno, ni de la vieja.

*Óscar y Germán se ríen. Al ver a este, Óscar se pone serio.*

ÓSCAR.- ¡Se puede saber de una vez qué haces aquí!

GERMÁN.- No sabía que Óscar fuera melómano.

ÓSCAR.- ¡Tú no sabes nada de mí, mamón!

PALMIRA.- *(escuchando la música)* Este era su disco favorito. Ahora, también es el mío.

ÓSCAR.- ¿Cómo que era? Lo sigue siendo.

*Óscar cambia el rictus, la estupefacción muda en preocupación. Se acerca un par de pasos, con cautela.*

GERMÁN.- Si te soy sincero, la música nunca me ha interesado. Me gustan algunas canciones, otras no, como a todo el mundo, supongo. Pero no le he dedicado demasiada atención en mi vida.

PALMIRA.- Veo que eres un especialista en eso.

GERMÁN.- ¡Qué barbaridad, Pal! No sabía que eras tan rencorosa.

ÓSCAR.- Deja de llamarla así.

PALMIRA.- No, no es eso, Germán, no tiene nada que ver con eso, de hecho. El rencor procede del odio. Y yo nunca podría odiarte.

ÓSCAR.- Yo sí.

GERMÁN.- Gracias.

PALMIRA.- No es un cumplido. Simplemente, no te reprocho nada. Quizás porque tampoco esperé nunca nada de ti.

GERMÁN.- *Touché.*

*Óscar se acerca cada vez más a ellos, lentamente.*

GERMÁN.- Sabes que te eché de menos, ¿no?

*Palmira niega con la cabeza y se acerca a la mesa.*

GERMÁN.- Qué. Es cierto. Muchas veces.

PALMIRA.- Tengo sesenta años, Germán. Sesenta años. Uno tras otro han ido cayendo lentamente pero de manera inexorable, como un grifo que no deja de gotear.

GERMÁN.- ¿Y sabes qué? No los aparentas.

PALMIRA.- Lo que quiero decirte es que no acabo de llegar a la ciudad desde el pueblo con una maleta llena de ropa vieja y un puñado de sueños que no van a cumplirse jamás, como en un folletín, ni busco que me abracen bajo la lluvia o me arropen por la noche antes de dormir. Ni siquiera necesito conversación. Así que, por favor, ahórrate toda esa labia, guárdala para tus entrevistas o para alguien que lo aprecie y lo necesite, no para mí.

GERMÁN.- No estoy con nadie, Pal.

ÓSCAR.- ¿De qué vas, payaso?

PALMIRA.- Me alegro por ti. Es lo que siempre quisiste, ¿no?

GERMÁN.- ¿Y tú?

PALMIRA.- Ya sabes que no.

GERMÁN.- ¿Dónde está Óscar, entonces?

ÓSCAR.- ¿Cómo que dónde estoy?

*Al decirlo Óscar aumenta en su preocupación.*

PALMIRA.- ¿Quieres limonada?

GERMÁN.- ¿Evitas la respuesta?

ÓSCAR.- Tiene que ser una broma. Una broma pesada. Una broma que no tiene ni puñetera gracia.

*Óscar se mira a sí mismo. Las manos, los brazos.*

PALMIRA.- Eres muy perspicaz, se nota que eres redactor.

GERMÁN.- Reportero.

PALMIRA.- *(Le sirve la limonada)* Espero que te guste.

GERMÁN.- Seguro que sí.

*Germán bebe. Óscar, ya pegado a ellos, pasa la mano delante de sus rostros, ni se inmutan. Se acerca a Palmira y le grite a la cara.*

ÓSCAR.- ¡Palmira! ¡Palmira! ¿Me oyes? ¡Palmira! ¡Palmiraa! ¿No me ves? ¿No me sientes?

*Nada.*

*Se va retirando poco a poco, mirando a los lados.*

ÓSCAR.- No puede ser. Esto no puede estar pasando.

PALMIRA.- Sentémonos.

*Se acerca a Germán y cuando este va a hablar Óscar se acerca y le coge la cara con la mano, cerrándole la boca por los laterales de modo que Germán habla con dificultad, de un modo raro, pero sin inmutarse.*

GERMÁN.- *(hablando raro por la presión de la mano de Óscar)* Estoy bien. Llevo todo el día sentado, prefiero estar de pie.

PALMIRA.- Estarás cansado. Siéntate, no seas tozudo.

GERMÁN.- *(hablando raro por la presión de la mano de Óscar)* No te preocupes, de verdad.

PALMIRA.- Germán, por favor. No es momento de hacerse el héroe.

*Germán sonríe. Cede. Se sientan. Óscar se aleja levemente, se da bofetadas en la cara.*

ÓSCAR.- No puede ser, ¡no puede ser!

GERMÁN.- Ha vuelto a sonar.

PALMIRA.- El qué.

GERMÁN.- El ruido ese. El vecino. Cuando estabas en la cocina.

ÓSCAR.- ¡Pero qué vecino ni qué hostias!

GERMÁN.- ¿Lleváis mucho tiempo aquí?

ÓSCAR.- Dios mío... oh no... oh no... No pueden verme ni oírme porque...  
porque...

PALMIRA.- La compramos hace ya... en marzo van a cumplirse treinta años.

GERMÁN.- No... No puede ser. No, no... no puedo haber... Es imposible.

ÓSCAR.- Es una zona estupenda.

PALMIRA.- No sé si lo recuerdas, pero por aquel entonces no era un barrio tan bien considerado como ahora. Solía decirse que estaba “demasiado arriba”. Ni en el centro ni en los barrios residenciales. Tierra de nadie. Entreguerras. Pero, ya sabes, las ciudades cambian, todo ha cambiado mucho en este tiempo.

GERMÁN.- Tú no.

PALMIRA.- Germán, por favor.

ÓSCAR.- Sí, Germán, echa el freno. Estoy aquí, aunque vosotros no...

GERMÁN.- Cuando te vi el otro día fue como si no hubieran pasado todos estos años.

PALMIRA.- *(negando con la cabeza)* Ya, seguro que sí...

ÓSCAR.- ¿Qué? ¿Qué día? *(se acerca)* ¿Qué día?

GERMÁN.- No me digas que no pensaste lo mismo.

ÓSCAR.- ¡Quieto ahí, imbécil! ¡Estás hablando de mi mujer!



PALMIRA.- ¿Quieres saber lo que pensé?

GERMÁN.- Qué.

ÓSCAR.- Sí, qué.

PALMIRA.- Por qué la vida es tan chapucera. Eso pensé, por qué nos tenía preparado ese reencuentro. Ahí. En ese lugar. En esa triste sala de espera con música horrorosa y sillas de plástico desvencijadas. Entre un montón de gente desesperada. Gente como nosotros, por otra parte. Qué sentido tiene después de tanto tiempo.

GERMÁN.- El destino.

ÓSCAR.- ¡Qué destino ni qué mierda!

PALMIRA.- ¿Eso crees? ¿Crees que después de treinta y tantos años nuestro destino era eso? No sé tú, Germán, pero yo esperaba algo más.

GERMÁN.- No puedo quejarme de cómo me han ido las cosas. Hasta ahora, al menos.

PALMIRA.- Sabía que te iría bien.

GERMÁN.- Siempre confiaste en mi talento.

PALMIRA.- Más bien en tu determinación.

GERMÁN.- Sin talento no/

PALMIRA.- El mundo no necesita talento. Sin talento se pueden construir edificios, escribir novelas, cometer genocidios. Pero sin determinación apenas es posible levantarse de la cama. Si algo te sobraba era determinación. Tenías un objetivo y lo ibas a conseguir costara lo que costara.

GERMÁN.- ¿Hablas del/

PALMIRA.- No, no hablo de premios ni reconocimientos. No me importa que tengas el Pulitzer o que haya personas que te rindan pleitesía cuando te cruzas con ellas por la calle. Hablo de tu necesidad... de destacar... de estar por encima de los demás.

GERMÁN.- Es la única manera de mejorar.

PALMIRA.- Y la mejor manera de quedarse solo.

GERMÁN.- He conocido a mucha gente en todos estos años, Pal. Cientos, miles de personas, en todo el mundo. De toda clase y condición.

PALMIRA.- Me alegro por ti.

GERMÁN.- Y aun así/

PALMIRA.- No has conseguido olvidarme, ¿verdad?

GERMÁN.- Exacto.

PALMIRA.- Has pensado en mí todos los días de tu vida.

GERMÁN.- Sí.

PALMIRA.- (*niega con la cabeza*). Deberías haberte dedicado a la ficción, Germán, no al periodismo. Se te dan bien los diálogos de culebrones de sobremesa.

GERMÁN.- Mírame a los ojos y dime que a ti no te marcó lo nuestro.

*Palmira lo mira a los ojos.*

PALMIRA.- No me marcó lo nuestro.

*Óscar resopla de alivio.*

GERMÁN.- ¿No me quisiste?

PALMIRA.- Con locura.

ÓSCAR.- ¿Qué?

GERMÁN.- Y yo a ti.

PALMIRA.- Déjalo de una vez.

ÓSCAR.- Sí, déjalo.

GERMAN.- ¿El qué?

PALMIRA.- Mirarte el ombligo, no es más que una puñetera cicatriz.

*Pausa.*

PALMIRA.- Voy a traer algo de comer... Un poco de fruta. ¿Te apetece?

GERMÁN.- Lo que tú quieras.

*Palmira sale por la derecha. Germán se queda sentado en la mesa tamborileando al ritmo de la música.*

ÓSCAR.- Pero cómo ha podido pasar... ¡cómo ha podido pasar! ¡Estoy aquí, aquí!  
(*Germán ni se inmuta ante los gritos de Óscar*). Pero... si no me ven, si no me oyen... es que... estoy... muerto. (*paladea cada letra*). Muerto.  
Ha tenido que ser al salir de la oficina, de camino a casa. Quizás he tenido un accidente de coche en la autovía o he resbalado en la acera y me he dado un golpe en la cabeza. O un infarto... ¡llevo meses sin

hacerme análisis! ¡Sabía que tenía que haberme hecho una revisión!  
Pero, no... no he notado nada raro... ni un hormigueo en el brazo, ni dolor en el pecho... No ha pasado nada, he venido bien, como siempre... como todos los días... ¿cuándo ha sido? ¿cuándo ha pasado? *(Se pellizca)*  
¡Ay! Pero si siento dolor... *(vuelve a pellizcarse)* ¡Ay! Joder, que si duele. No entiendo nada... ¡no entiendo nada! ¡No puedo morirme! ¡No ahora! ¡Tenía muchas cosas por hacer! ¡Iban a ascenderme! En un mes... dos como mucho. ¡Director nacional! Un momento... un momento... Quizás no sea eso... quizás esté soñando... quizás sea una puta pesadilla... *(mira a su alrededor, toca el sofá, la mesa)* Pero es todo tan... real.  
*(Vuelve a pellizcarse, de nuevo siente dolor).*

*Se acerca a la puerta y la abre despacio. Después mira a Germán. En ese momento regresa Palmira con un plato con piña.*

ÓSCAR.- Va de negro... de luto. Quizás llevo mucho tiempo muerto... Semanas... o meses.

*Óscar da un portazo con todas sus fuerzas. El estruendo es estremecedor. Palmira se para en seco.*

GERMÁN.- ¿Qué pasa?

PALMIRA.- Nada, me ha parecido... olvídale. ¿Te gusta la piña?

*Óscar se va al sillón abatido.*

GERMÁN.- Claro. Es fresca, dulce, sana, pura. Como tú.

PALMIRA.- *(Niega con la cabeza sonriendo)* Desde luego, eres incorregible.

GERMÁN.- Lo tomaré como un halago.

PALMIRA.- A mí me recuerda a mi madre.

GERMÁN.- ¿Cómo está doña Julia?

PALMIRA.- Muerta.

GERMÁN.- Vaya. Lo siento.

PALMIRA.- Tranquilo, pasó hace tiempo. Mi padre también murió, por si tenías la tentación de consolarme con décadas de retraso.

GERMÁN.- ¿Por qué?

PALMIRA.- Se le paró el corazón.

GERMÁN.- Por qué la piña te recuerda a tu madre.

PALMIRA.- Es una larga historia.

ÓSCAR.- Y triste.

GERMÁN.- No importa, tenemos todo el tiempo que haga falta. Para eso nos ha unido de nuevo... el destino.

ÓSCAR.- ¿Pero de qué hablas, mamón?

PALMIRA.- Nos ha unido algo muy diferente.

GERMÁN.- El caso es que estoy aquí. Y que no tenemos prisa.

PALMIRA.- Eso es cierto.

ÓSCAR.- ¿Pero por qué le das bola a este mequetrefe?

GERMÁN.- Pues adelante.

ÓSCAR.- No le hagas caso. Es un traidor oportunista, que se ha aprovechado de mi situación... ¡Pero cómo he podido morirme! ¡Así! ¡Sin más! ¿Se acabó? ¿Ya? ¿Punto y final? ¿Arrivederci? (*mira hacia arriba*) ¡Quiero una explicación! ¡Exijo una explicación!

*Palmira vuelve a sentarse.*

PALMIRA.- A mi madre le encantaba la piña. O, eso creo. Ni siquiera sé si le gustaba, en realidad, pero sí que la tomó cada día de su vida, al menos desde que yo nací. Los lunes, a primera hora, bajaba a la frutería y compraba la piña más hermosa que hubiera. La traía a casa como si fuera un trofeo y después de cenar, cortaba un trozo y lo comía. Siempre la misma cantidad, cada noche, todas las noches. A mi padre, que era un hombre caótico y desordenado, también impulsivo, aquella inquietante constancia de mi madre con la piña le ponía frenético. No comprendía aquella obstinación. Yo tampoco lo entendía al principio, pero con el tiempo me fui dando cuenta de que aquello era una especie de rito, una suerte de metáfora de la vida para mi madre. Esa piña que se va consumiendo, noche tras noche, de manera irreversible, hasta acabar en nada. Hasta... desaparecer. Y ahora que no está, pues siento que de alguna manera sigo con esa tradición, que si no le estaría fallando de alguna manera.

GERMÁN.- Es una historia preciosa, Pal.

ÓSCAR.- No seas pelota. Es una historia deprimente.

PALMIRA.- Óscar nunca me deja que la cuente. Dice que le pone triste.

ÓSCAR.- A mí y a cualquiera.

*Óscar, tras responder cae en la cuenta de algo.*

ÓSCAR.- *(se acerca a Palmira)* ¿Puedes repetir eso?

GERMÁN.- La tristeza puede ser algo bello. La tristeza es melancolía, nostalgia, *saudade*.

ÓSCAR.- ¡Tú cállate! ¡Plumilla de tres al cuarto!

PALMIRA.- Es posible.

ÓSCAR.- Has dicho *(lentamente, separando cada palabra)* “me pone triste”, en presente de indicativo. Has utilizado el presente de indicativo. “Óscar nunca me deja que la cuente” has dicho. “Me deja” y “le pone”. No, “le dejaba” o “le ponía” que sería lo lógico si estuviera muerto, ¿no?

GERMÁN.- Está muy rica.

ÓSCAR.- *(para sí de nuevo)* Quizás se le ha escapado. Puede que sea la costumbre... que aún no lo haya asimilado... como yo...

PALMIRA.- Desde luego. Sigo yendo a esa frutería a la que iba a mi madre, tengo que hacer quince kilómetros en coche, está al sur, en Valdeverde, pero merece la pena: son las mejores piñas del mundo.

ÓSCAR.- O puede que... no sepa que he muerto... todavía. Quizás no esté de duelo.... Viste muchas veces de negro. Siempre dice que la hace más delgada.

GERMÁN.- *(come la piña)* Deliciosa. Ya me darás la dirección de esa frutería. Quizás haga lo mismo que tu madre.

ÓSCAR.- Una hostia es lo que yo te voy a dar a ti. Una buena hostia aprovechado de mierda.

PALMIRA.- ¿Es que piensas quedarte?

GERMÁN.- Depende de... ya sabes.

ÓSCAR.- De qué.

PALMIRA.- En ese caso, ojalá te vayas mañana mismo.

ÓSCAR.- ¡Eso! Un momento... ¿en qué caso?

GERMÁN.- Gracias.

ÓSCAR.- ¿Gracias?

PALMIRA.- No hay de qué.

*Comen. Escuchan la música.*

GERMÁN.- Bueno, qué

PALMIRA.- Creí que no tenías prisa.

ÓSCAR.- Un momento. Si estoy muerto... ¿cómo es posible que antes...?

GERMÁN.- No me digas que no estás nerviosa.

*Óscar coge el teléfono.*

PALMIRA.- Claro que lo estoy.

GERMÁN.- ¿Entonces?

PALMIRA.- También estoy muerta de miedo.



*Óscar busca en la agenda del teléfono. Marca. Se lo lleva al oído. Espera. Suena el teléfono de Palmira. Óscar se acerca a ella, se sitúan uno frente al otro.*

PALMIRA.- *(A Germán).* Perdona, es Óscar...

GERMÁN.- Adelante.

PALMIRA.- ¿Sí?

*Óscar hace un gesto de felicidad, sin hablar.*

PALMIRA.- ¿Diga?

ÓSCAR.- Palmira. Soy yo.

PALMIRA.- ¿Óscar?

ÓSCAR.- Palmira, no vas a creerte lo que está pasando... Necesito que... me escuches, que me prestes mucha atención. Sabes que siempre he sido un hombre... práctico y... escéptico... Que no creo ni en Dios ni en extraterrestres ni en terraplanismos ni en nada que no pueda ver o tocar... Necesito que no olvides eso y, sobre todo, que no me cuelgues, deja que te lo cuente todo, hasta el final, por favor... ¿de acuerdo?

PALMIRA.- ¿Óscar?

ÓSCAR.- Palmira, ¿me oyes?

PALMIRA.- ¿Óscar?

ÓSCAR.- ¿No me oyes? ¡Cómo no va a oírme! Palmira... ¡Palmira!

PALMIRA.- Te estoy perdiendo.

ÓSCAR.- ¡Palmira!

*Palmira niega con la cabeza. Cuelga el teléfono.*

PALMIRA.- No se oye, no debe tener buena cobertura.

ÓSCAR.- *(mira el teléfono)* ¡Claro que tengo cobertura, joder! ¡Cinco rayas!  
¡Cinco putas rayas de cobertura!

*Palmira marca su teléfono. Suena el teléfono de Óscar.*

ÓSCAR.- Palmira.

*Palmira cuelga.*

PALMIRA.- Nada. Apagado.

ÓSCAR.- ¿Cómo que apagado?

GERMÁN.- ¿Dónde está?

PALMIRA.- Si te soy sincera... no lo sé. Visitando a algún cliente por el sur. Sólo sé que pasaba la noche fuera. Ha salido muy temprano esta mañana. Yo aún dormía.

ÓSCAR.- ¿Qué? ¡Estoy aquí! Te dije que se había anulado... o... ¿no te lo dije? ¡Da igual! ¡Estoy aquí!

GERMÁN.- ¿Viaja mucho?

PALMIRA.- Bastante.

ÓSCAR.- ¡Pero hoy no!

GERMÁN.- Es curioso.

PALMIRA y ÓSCAR. *(al unísono)*.- ¿Por qué?

GERMÁN.- Bueno, era lo que te gustaba de él, ¿no? Que siempre estaba... contigo.

PALMIRA.- No vayas por ahí.

ÓSCAR.- Eso.

GERMÁN.- No digo nada, sólo que...

PALMIRA.- Sí dices algo, Germán, dices demasiado. Y además, lo que dices no es cierto.

ÓSCAR.- Así que chitón.

GERMÁN.- Está bien...

ÓSCAR.- Perfecto.

*Los dos (los tres) guardan silencio un instante. La música cobra protagonismo.*

PALMIRA.- Esta parte del disco me encanta. Se titula *Pursuance*.

GERMÁN.- *Pursuance*.

PALMIRA.- Significa Prosecución.

ÓSCAR.- Es la lucha tormentosa de un hombre contra el mal.

GERMÁN.- Prosecución. No tenía ni idea.

ÓSCAR.- Escucha esa batería y calla la puta boca.

*Los tres se quedan escuchando durante varios segundos la música.*

<https://www.youtube.com/watch?v=sHkMFLhcKJg>